



Luigi Patruno
Relatos de regreso. Ensayos sobre la obra de Juan José Saer
Rosario
Beatriz Viterbo Editora
2015
128 páginas

Lucía Maudo García¹

Saer y los rincones de la memoria

El trabajo de Luigi Patruno (1978) se centra en la obra del argentino Juan José Saer, que se construye, casi en su integridad, en torno a un recuerdo: el de una Argentina que permanece inaccesible. Y cuando la realidad no satisface la expectativa de vuelta, poco más le queda al escritor que regresar desde sus obras, desde sus papeles, desde sus letras.

Siguiendo la estructura del viaje – un viaje, en este caso, con destino Saer–, cada capítulo de este libro va marcando una nueva etapa, distintas paradas en la narrativa saeriana que constituyen al mismo tiempo una suerte de diario

reflexivo elaborado por el autor que –entre los años 2009 y 2011– recorrió las ciudades de San Bernardo, Cambridge, Berlín, Brooklyn y Lecce.

En el primer capítulo –propuesto como introducción y titulado “Escenas de regreso”– nos adentramos en la vuelta hacia el recuerdo. La obra de Juan José Saer explora esos lugares conocidos que de pronto se vuelven ajenos, irreconocibles, describiendo la sensación de la pérdida, de la no pertenencia a ninguna parte aun encontrándose en el centro mismo de la supuesta identidad. Patruno nos marca la senda por la narrativa

¹ Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Oviedo. Lleva adelante una beca de investigación Severo Ochoa (BP14-107),

subvencionada por el Gobierno del Principado de Asturias. Mail de contacto: l.maudogarcia@outlook.es

saeriana partiendo de uno de sus últimos cuentos, “La tardecita” (2000), para encontrarnos de pronto en el inicio del camino, *En la zona* (1960): “Pareciera que desde su primera publicación en libro, Saer fue consciente de estar iniciando un relato único que se articularía múltiple y análogo en los textos posteriores” (14).

El corpus saeriano se presenta como un todo que parte de la obra apenas citada para ir después alargándose, configurándose y deformándose; adquiriendo el carácter de un viaje de continua ida sin vuelta con el que poder regresar a aquello que Saer denominó la Zona y que sus lectores conocemos como Santa Fe, como Argentina, como la patria o el hogar. De este modo, los personajes de Juan José Saer entran y salen de la Zona para que el lector pueda reconocerlos e intuirlos, en un juego de reflejos que contribuye a la formación de ese todo. Y el círculo del constante regreso iniciado en “Tango del viudo” (1960) se cerrará con la última novela, *La grande* (2005), donde la vuelta ampliamente prolongada por fin se produce. Estas obras son las que Patruno propone como inicio y fin de la narrativa saeriana, son el punto de partida y el de llegada.

En un segundo capítulo, Patruno reflexiona sobre lo local y lo global en la obra de Juan José Saer. El santafesino se nos presenta, al igual que Borges, como un autor cosmopolita, que difumina el concepto de “región” y deshace límites y horizontes, que considera el nacionalismo como una abstracción que no debe imponerse al escritor. Sin embargo, ese ámbito de la transculturalidad se ve influido y modificado por algo que sí tiene que ver con lo propio: la lengua de la infancia, la lengua materna, a la que siempre se regresa. A partir de esta lengua el narrador logra un hogar para su escritura y un contacto íntimo con las palabras;

puede construir su propia realidad, y solo de ella deriva esa creatividad inagotable con la que crear la obra literaria y trascender hacia imágenes universales: “Saer reivindica el dominio íntimo de la lengua materna. Ella constituye el archivo que alimenta la expresión viva y fecunda de la literatura” (35).

Prosigue Patruno con un análisis del ensayo *El río sin orillas* (1991). Observamos cómo Saer se despoja de lo nacional, ya que para él resulta falsa la existencia de una identidad concreta y definida, y considera que la pertenencia es azarosa y el lugar del que uno procede es el resultado de la pura contingencia; esto le sirve para defender su universalidad, su ser extranjero en su propia tierra. Reflexiona también sobre esa sensación de extrañeza que se siente al regresar al hogar, y cómo el sentimiento de reconocimiento se produce solo cuando uno menos se lo espera y por muy poco tiempo.

El tercer capítulo nos transporta a los textos y a las escenas del destierro, en los que el paria mira hacia atrás. En esa vuelta, en ese girar la cabeza para observar lo que se ha abandonado, inicia, paradójicamente, el relato, el inicio del retorno. Es justamente el acto de mirar hacia atrás lo que estructura *El entonado* (1983), novela que —como nos explica Patruno— constituye la primera configuración de la Zona y que es, además, la primera que gira alrededor de la imposibilidad de volver al lugar de origen: el entonado llega a la Zona y regresa a ella a través de la escritura. Precisamente la escritura es el principal modo de regreso, pero a un lugar incierto y construido desde la memoria y el recuerdo.

Este deseo, que acaba resultando imposible, lo vuelve a tematizar Saer en *Glosa* (1986), donde los personajes recorren calles al revés. El regreso no es

nunca algo alcanzable, porque con la llegada se produce el desencuentro de la vuelta: todo lo que se recordaba como familiar resulta ahora extraño. Por eso el regreso puede solamente ficcionalizarse a través de la escritura: el único modo posible de crear un hogar. En la realidad, el viajero, el perpetuo extranjero, solo descansa de esta tensión una vez que vuelve al viaje y sigue su camino; de este modo, se viaja sin fin viviendo constantes repeticiones.

En el capítulo cuarto Patruno analiza *Notas en vivo (sep-oct. 1982)*, una libreta con notas de trabajo y observaciones que Saer realizó durante su primer viaje a Argentina desde el golpe militar y que es también una especie de diario. En este cuaderno el santafesino reúne varias escenas de regreso, realizando observaciones directas de los lugares que se vuelven a recorrer y resucitando recuerdos. Las notas son, además, preparatorias de la novela *Glosa* —en proceso de formación—, continuando así con el estrecho círculo de relaciones entre las obras saerianas.

El capítulo quinto nos acerca a la novela policial *La pesquisa* (1994), donde asistimos a la vuelta de Pichón Garay a la Zona, y este se nos presenta como un ser dividido y desdoblado, un ser fragmentario para el que emigrar ha supuesto una pérdida de realidad. Las emociones que esperaba vivir con el regreso no se han producido y se ve obligado a permanecer en su fractura, a descubrir que la vuelta no le permite recomponerse, porque ya estaba roto antes de irse. El regreso total no existe: “No es suficiente regresar. Hay que andar mucho para recuperar esa zona, hacer largas caminatas y detenerse lo más posible en los rincones de la memoria” (91).

Una vez más, el que vuelve no experimenta el reconocimiento al

encontrarse de nuevo frente a los lugares que había conocido y estos permanecen ajenos e inalcanzables.

El capítulo último reflexiona, por fin, sobre un “verdadero” regreso que es narrado en *La grande* (2005): el del guionista Guillermo Gutiérrez a la Zona. Este había protagonizado el cuento “Tango del viudo”, y resulta sin duda llamativo que Saer decidiera retomar su historia cuarenta y cinco años después: podría decirse que el regreso ha quedado en suspenso no sólo para el personaje, sino también para el escritor. Gutiérrez logra la vuelta, pero no recuperar del todo aquello que dejó: por mucho que pretenda ingenuamente que nada ha cambiado y que todo ha permanecido inmóvil durante los treinta años que él ha estado en Italia, el tiempo ha seguido corriendo, la experiencia perdida es una vez más irrecuperable y él se ve obligado a vivir en una casa ajena.

Por último, cabe destacar cómo Luigi Patruno logra tratar de manera sintética pero profunda las obras más relevantes del corpus saeriano y, no solo eso, sino también un tema que tiene un amplio interés para el ser humano en general y que tantas veces ha sido abordado a nivel literario: exilio y regreso. Este último es un deseo, un horizonte de expectativas; sin embargo, nunca se produce completamente, porque las expectativas no coinciden con la realidad de la vuelta y solo se obtienen el desengaño y la frustración: con Saer y Patruno aprendemos a contemplar lo inalcanzable. Ante esta expectativa desalentadora, lo que le queda a Saer —y, lo que es aún más reconfortante, lo que nos queda a nosotros— es la literatura, ya que cada relato constituye en sí mismo una vuelta hacia algo dicho y vivido con anterioridad: “Quien relata lo hace a partir de un regreso, una vuelta hacia un saber

cuya recuperación es el esfuerzo de la memoria” (17).

Relatos de regreso. Ensayos sobre la obra de Juan José Saer, es –valga la redundancia– un agradable regreso a la obra de Juan José Saer y una obra que nos

ayuda a entender la ida y la vuelta, el exilio y el regreso, el pasado y el futuro; y el modo en el que todas estas dicotomías pueden ser recuperadas desde el recuerdo y la memoria.